

PARTICIPACIÓN CIUDADANA DE JÓVENES EN CONTEXTOS DE INCLUSIÓN Y EXCLUSIÓN: REFLEXIONES DESDE LOS APORTES DEL PENSAMIENTO DE ALBERTO MELUCCI

El presente artículo de reflexión crítica aborda la participación ciudadana juvenil en unas sociedades globales, tecnificadas e interconectadas virtualmente. La discusión estará orientada por el pensamiento del teórico social Alberto Melucci, quien desde una perspectiva crítica, discute sobre las nuevas fronteras para reflexionar la ciudadanía, integradas por la diferencia y la solidaridad; la inclusión y la exclusión; y los espacios reales para vivir la democracia; todas ellas distribuidas de manera desigual. Estas ideas hacen parte constitutiva de las interconexiones que guardan con las experiencias educativas de los jóvenes y con las formas como ellas y ellos están viviendo la ciudadanía en un mundo complejo y diferenciado, poniendo en evidencia las posibilidades reales de la participación ciudadana juvenil en Colombia.

Palabras clave: participación ciudadana, gente joven, globalización, inclusión

Origen del artículo

El artículo de reflexión temática hace parte de la experiencia investigativa reciente de la autora desde la Universidad Cooperativa de Colombia, en el campo de estudios de la relación política-juventud en Latinoamérica y el Caribe, particularmente sobre las tendencias y emergencias de la participación ciudadana juvenil en Colombia.

Cómo citar este artículo

Echeverry Restrepo, L. (2014). Participación ciudadana de jóvenes en contextos de inclusión y exclusión: reflexiones desde los aportes del pensamiento de Alberto Melucci. *Revista de Investigaciones UCM*, 14(24), 112-125.

YOUTH CIVIC PARTICIPATION IN CONTEXTS OF INCLUSION AND EXCLUSION: REFLECTIONS FROM THE CONTRIBUTIONS OF ALBERTO MELUCCI'S THINKING

This critical reflection article addresses the youth civic participation in a global society, technologically advanced and virtually interconnected. The discussion will be guided by the thought of the social theorist Alberto Melucci, who from a critical perspective, discusses the new boundaries to reflect on citizenship, consisting of the difference and solidarity; inclusion and exclusion; and actual democracy living spaces; all distributed unevenly. These ideas make a constituent part of the interconnections they have with the educational experiences of young people and the ways they are living citizenship in a complex and differentiated world, highlighting the real possibilities of youth civic participation in Colombia.

Key words: citizen participation, young people, globalization, inclusion



Fecha recibido: 1 de agosto de 2014 · Fecha aprobado: 29 de agosto de 2014

Participación ciudadana de jóvenes en contextos de inclusión y exclusión: reflexiones desde los aportes del pensamiento de Alberto Melucci

Introducción

En este artículo se parte del supuesto teórico que los sentidos, las significaciones, las representaciones, los valores y las prácticas que manifiestan los jóvenes hoy, son el resultado tanto de sus relaciones cotidianas y de sus experiencias educativas con un mundo global, interconectado y virtual, como de sus condiciones particulares de contexto, que ponen en tensión las oportunidades reales con las que cuentan las y los jóvenes en Colombia, para participar políticamente en la modificación de sus modos de pensar y de habitar sus mundos individuales, comunes y compartidos.

En tal sentido, el artículo está estructurado en cuatro apartados, en cada uno de ellos se retoma

Liliana Echeverry Restrepo¹

¹Administradora de Empresas, Universidad Libre, Seccional Cali. Especialista en Docencia Universitaria, Universidad Cooperativa de Colombia. Magistra en Educación y Desarrollo Humano, Universidad de Manizales-CINDE. Docente Investigadora adscrita al programa de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia. liechev@hotmail.com.

los planteamientos de Alberto Melucci. El primero reflexiona alrededor de las dimensiones críticas de la inclusión y de la exclusión que recaen sobre los jóvenes y cómo estas dimensiones socavan la posibilidad de *hacerse personas*. Esta condición tiene que ver con las capacidades, los derechos y las responsabilidades a las que las personas no pueden acceder en igualdad de condiciones en sociedades gobernadas por la tecnicidad y el consumo sin límites, con el agravante que *hacerse personas*, se constituye en una experiencia educativa que determina lo potente o lo débil que puede llegar a ser la construcción de la ciudadanía y el ejercicio de la participación ciudadana en el mundo contemporáneo juvenil.

En el segundo apartado, se revisan algunos de los nuevos marcos axiológicos para reflexionar la ciudadanía en una sociedad global, tecnificada y de consumo. Estos nuevos marcos integrados por la diferencia y la solidaridad, la inclusión y la exclusión, y los espacios reales para vivir la democracia, se entretajan de manera desigual, emergiendo a partir de estas tensiones, el interrogante por la forma como las y los jóvenes están viviendo la ciudadanía en un mundo globalizado.

El tercer apartado centra su atención en las formas como los jóvenes, en medio de sus conflictos personales/locales y de los conflictos de país, configuran otras experiencias educativas de resistencias y producen simbólicamente y materialmente, la vida y la ciudadanía de modos distintos a las formas con las que el imaginario social acostumbra nombrarlos y universalizarlos.

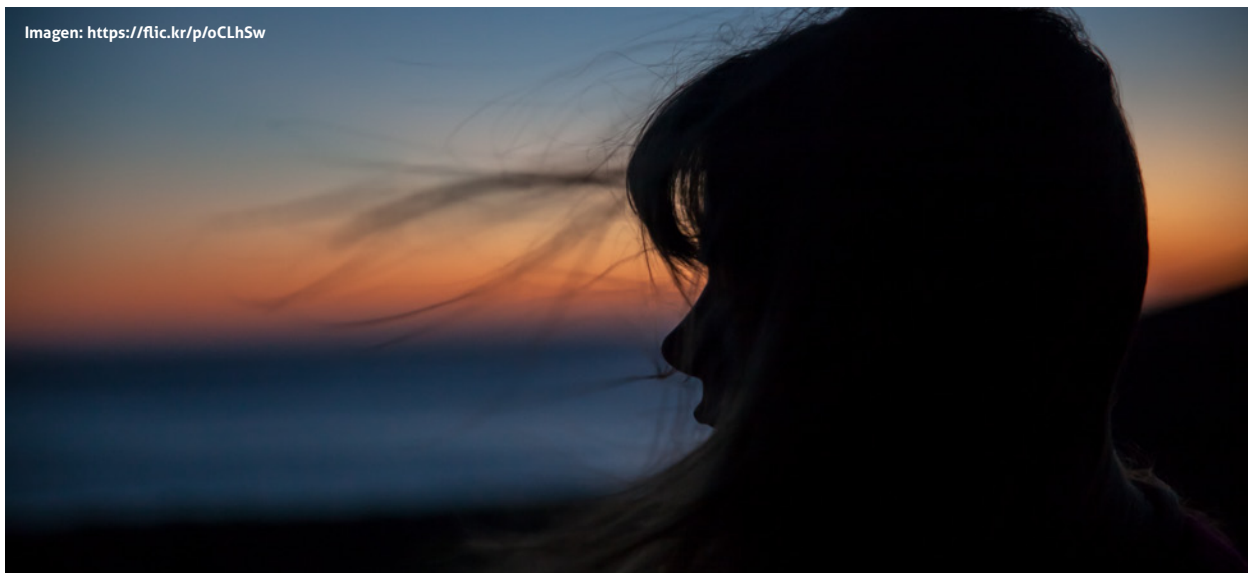
Finalmente, el texto pretende dejar abierto el debate sobre las posibilidades de la participación juvenil en sociedades orientadas, y por lo tanto educadas, hacia el crecimiento sin límites y en las que no hay una distribución equitativa de las condiciones y oportunidades para vivir una inclusión social plena, con el cuestionamiento sobre cómo extender los horizontes de vida de las y los jóvenes en Colombia.

La inclusión y la exclusión, su incidencia en las experiencias educativas de la participación ciudadana de los jóvenes

Actualmente, los y las jóvenes viven en contextos signados por múltiples paradojas, pero quizá una de las que más marcan los procesos educativos de construcción de sus subjetividades e identidades y formas de participación ciudadana, tiene que ver con la inclusión y la exclusión. Dos términos que se han instalado en la sociedad del conocimiento para referirse a la *inequidad* en la producción y distribución material e inmaterial de la humanidad. Esta situación no es nueva. Las sociedades vienen cargando milenariamente con el fardo de las desigualdades; conviene interrogarse si la referida sinonimia tendría el poder significativo de ponerle límites al ensanchamiento de esta constante social.

En este sentido, para Melucci (2001) la inclusión y la exclusión aparecen en la escena del mundo contemporáneo representadas en otros lenguajes educativos: simbólicos, físicos y ciberculturales, cargados de demandas, sobresaturando en las personas los deseos y las expectativas sin límites, ampliando aún más el espectro de la frustración ante la imposibilidad de acceder en igualdad de condiciones a las infinitas producciones del mercado material y simbólico de las sociedades.

Plantea el autor que la igualdad de condiciones está dada por la posibilidad de *hacerse personas*, teniendo por cierto que *hacerse personas* pasa por la obtención de capacidades, derechos y responsabilidades, a las cuales, en el caso de los jóvenes en Latinoamérica, no pueden acceder con el nivel de cobertura requerido para un desarrollo integral, por sus condiciones de contexto y situación biográfica. Es propio decir que, si las capacidades, derechos y responsabilidades, integran la base fundamental de la constitución del ser, y estas condiciones se encuentran distribuidas de forma desigual, pero estrechamente ligadas con la construcción de la ciudadanía y con el ejercicio de la participación ciudadana – siendo estas prácticas las que concretan las intenciones y los intereses de carácter individual y colectivo que ellas guardan-, entonces no hay ciudadanía ni participación posible para los excluidos.



Estas condiciones críticas de los jóvenes latinoamericanos, que impiden una inclusión social plena, se pueden articular a lo señalado por Melucci (2001): "Los excluidos se encuentran sin duda casi siempre privados de los recursos materiales, pero aún más de su capacidad de ser personas, esto es, sujetos autónomos de su propia acción" (p.54). En el campo de la educación, por ejemplo, la inclusión de los jóvenes al sistema educativo formal es de bajo nivel de cobertura y de calidad para aquellos que habitan los territorios rurales comparados con los jóvenes que viven en los ámbitos urbanos (Organización Iberoamericana de Juventud [OIJ]; Comisión Económica para América Latina y El Caribe [CEPAL]; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] & Banco Interamericano de Desarrollo [BID], 2013). La ineficiencia del sistema educativo priva a los jóvenes de las posibilidades de acceder a las capacidades cognitivas, relacionales, comunicativas, afectivas e identitarias, a las que tienen derecho por su humana condición y por las demandas de competitividad en todos los campos de la acción humana que hacen las sociedades del crecimiento ¹hoy.

Pero lo paradójico de la experiencia educativa que viven los jóvenes la expresa acertadamente

¹Serge Latouche, teórico crítico de la sociedad del crecimiento, propone una sociedad del decrecimiento: "Un crecimiento ilimitado no puede ser compatible con un mundo limitado de recursos" (2011, p.38).

Los nuevos marcos para hacer una reflexión de la ciudadanía en una sociedad global, se encuentran ubicados en situaciones críticas.

Melucci (2001) diciendo:

La enseñanza pública funciona mal y está rezagada de modo desalentador, pero es el único contexto donde los jóvenes, o gran parte de ellos, pueden experimentar conjuntamente la experiencia de crecer y de avanzar hacia la madurez. En este sentido, el sistema educativo es un valioso contexto donde la oportunidad de tránsito puede ser desperdiciada o, por el contrario, vivida plenamente (p.141).

De allí que, el paso por la escuela puede llegar a ser una insufrible condición o puede llegar a convertirse en la oportunidad para la realización de una apertura cada vez mayor hacia la "diversidad, al sufrimiento que es común a todos los seres vivos y a la dependencia que tenemos de una Naturaleza en la que estamos destinados a vivir" (Melucci, 2001, p.141).

Podría añadirse que, ampliando el espectro de análisis de la formación de los jóvenes, mediante las Tecnologías de Información y de Comunicación, los jóvenes pueden construir redes sociales locales, comunitarias y nacionales, como de hecho, para el caso colombiano, las están produciendo,

en un intento de disminuir la exclusión en el territorio de los derechos, de los espacios reales, para ejercer una democracia participativa y de las responsabilidades que desean asumir como sociedad civil actuante.

Cambios además, que los jóvenes mediante relaciones intergeneracionales, asociándose o conformando movimientos barriales, están gestando a manera de resistencias en sus ámbitos de vida personales, comunitarios y de sociedad, en medio de situaciones de conflicto y bajo la óptica de las demandas de un mercado que ve en ellos un segmento consumidor fácilmente moldeable a sus ofertas sobrecargadas de deseos sin límite.

Este punto del conflicto y de las formas de representación del poder mediante las fuerzas del mercado y su incidencia en el modo como perfilan las personas – especialmente hombres y mujeres jóvenes - su participación en los ámbitos de convivencia, Melucci los aborda diciendo que en el seno de los conflictos de la vida nacen los movimientos sociales, y que conflicto y movimiento social es la dupla que hace que en las personas se produzcan las movilizaciones de pensamiento y de acción. Por ello, expresa que para que se puedan discutir más abiertamente los problemas generales de una sociedad, es necesario que hayan espacios avalados por la institucionalidad que permitan a los ciudadanos la puesta libre en escena de dichos problemas sin el temor de ser acallados por las fuerzas de control y de poder:

Sostengo la hipótesis de que los conflictos emergen en aquellas áreas de la sociedad donde se distribuyen entre los individuos las nuevas formas de poder y los nuevos recursos. [...] estos individuos se encuentran en una posición crítica por la siguiente razón: disponen de los recursos al mismo tiempo que permanecen más expuestos a las presiones de la dominación y el poder (2001, pp.172-173).

Así, las situaciones críticas relacionadas con la privación de acceso a la salud, a la educación, a la utilización formativa del tiempo de ocio, a las actividades culturales y deportivas, afectan la participación y las oportunidades para el desarrollo de la población joven en la región. Aumentan la crisis y el bienestar social debido a que las y los jóvenes, siendo los involucrados centrales de estas condiciones, se convierten en transmisores

Los movimientos de mujeres, de afrodescendientes, de ambientalistas, los movimientos por una libre orientación sexual, y en particular los movimientos juveniles, no están interesados en tomarse el poder.

generacionales de la pobreza, provocando en ellos la deserción escolar, la disminución de sus perspectivas laborales y el desequilibrio familiar-emocional-afectivo en torno a sus relaciones íntimas y sociales, dejándolos en la indefensión y expuestos al enrolamiento inmediato en organizaciones delictivas como la guerrilla, la delincuencia común, la inmersión en hábitos de consumo de alcohol y de otras sustancias psicoactivas y, finalmente, en la indigencia.

Ante estas dimensiones críticas de la inclusión que socavan la construcción de ciudadanía y la posibilidad de vivir una democracia participativa en el mundo contemporáneo, poniendo en jaque la participación ciudadana de las y los jóvenes, la apuesta de Melucci y el desafío que nos propone como actores sociales de esta cuestión, es que nuestra responsabilidad son “los otros”, los que ocultamos en las páginas que venden las últimas adquisiciones o innovaciones del mundo de la tecnicidad. ¿Hay en estas páginas alguna que invite a los jóvenes a participar en acciones para desarrollar su potencial ético, político, afectivo, creativo y comunicativo, como generación y como colectivo social?

Contrariamente, *el tiempo social* o tiempo externo les invita-induce al consumo, y no en términos de necesidades vitales, sino al consumo que potencia deseos infinitos, sobrecargando su tiempo interno, el de la *autopoiesis*, para producir pensamiento crítico que impida la homogenización de sus cuerpos y de sus sentidos. El *tiempo interno* así invadido, puede ser una de las formas emergentes de regulación institucional, que excluye a los jóvenes de procesos de participación potentes con los cuales agenciar resistencias y cambios en sus territorios corporales y sociales. Así, Melucci (2001) lo corrobora diciendo: “Los requerimientos y presiones del tiempo social no resultan fácilmente adaptables a nuestro mundo interior, y viceversa. Y cuando el abismo es demasiado grande para ser llenado, experimentamos incomodidad, sufrimiento y, en las circunstancias más extremas, enfermedad” (pp. 119-120).

De este modo, en Melucci aparece una preocupación permanente por lo que él denomina *tiempo social* y *tiempo interno*. Para el autor, la dimensión del tiempo adquiere una noción crítica en los ambientes tecnológicos, presenciales y virtuales de hoy, por el carácter continuo y discontinuo con que aparece a la vez, en los acontecimientos, afectando la identidad individual y el cuerpo, y por lo tanto, las experiencias relacionales que podamos construir con los demás como resultado de ello. Así, él lo expresa:

El tiempo social es *medurable*. "Está dividido en [...] períodos de tiempo largos o cortos, actividades cotidianas rutinarias o acontecimientos más irregulares. Este tipo de tiempo es *predecible*, puesto que es posible comparar los diferentes períodos de tiempo [...]. Por último, el tiempo social es *uniforme*: para cada tipo de acontecimiento hay [...] un ritmo establecido sobre el que se estructura la experiencia social y se basan las expectativas.

El tiempo interior – el tiempo profundamente personal e individual – es *discontinuo* y *simultáneo*. Numerosos tiempos existen [...]: ayer y hoy, mi tiempo y el de otro, aquí y allá. Puedo ser adulto y niño, blanco y negro, en el antes y en el después. La simultaneidad del tiempo interior anula la no contradicción. [...] En definitiva, es constantemente *reversible*: lo que me ocurre ahora altera mi pasado, lo que le ocurre a otro modifica mi tiempo [...]. Puesto que la percepción del tiempo varía de un momento a otro y de una situación a otra, en la experiencia interior el tiempo es *incomensurable*. [...] Los tiempos interiores son *impredicibles*: pueden irrumpir repentinamente uno en otro como un acontecimiento que interrumpe la rutina (pp. 123-124).

Esta confrontación de tiempos en el mundo contemporáneo, como bien lo dimensiona Melucci, sobrepasa las posibilidades de elegir. La elección se convierte para los individuos en el reto ineludible que hay que asumir, para intentar el rescate de la individualidad y la construcción, al tiempo, del vínculo común con los demás y con sus diferencias. Dicho de otro modo, las experiencias íntimas y sociales que se viven conjuntamente en el tiempo interno y el tiempo social, constituyen las formas como las personas enfrentan sus dilemas de vida y resuelven sus conflictos individuales y colectivos.

A estas experiencias inducidas, reguladas, continuas y discontinuas, les llama Melucci (2001) experiencias de "inclusión totalmente subordinada", como otra forma de exclusión velada, con la cual se comete "manipulación de la conciencia" e "imposición de estilos de vida que socavan definitivamente las raíces de las culturas populares" (p. 54).

En el campo de la educación en Colombia, la *inclusión subordinada* se instaura estructuralmente a partir de un sistema educativo público que impone:

1. La construcción de unos currículos por competencias que ya han sido previamente definidos por los centros de poder educativo, las que desconocen las formas distintas de aprender que poseen las personas – por su situación biográfica -, y las condiciones físicas y emocionales que tienen que darse en un ambiente educativo para que se pueda hablar de educación con calidad. Desconocen, que "la calidad"² involucra procesos de largo aliento, de ensayos y de errores que no se pueden subsanar en procesos educativos estrechos y diseñados para mostrar rápidas cifras de cobertura por la cantidad de participantes, en detrimento de las posibilidades y de las oportunidades que han de tener las personas para generar cambios internos de pensamiento y de prácticas con las cuales fracturar desigualdades y modos de vida indignos legitimados por las sociedades.

2. La medición de las competencias mediante unos indicadores, como si *educar personas* constituyera la producción en masa de unos productos denominados *personas*, quienes serán medidos en su *contenido* y *forma* por los estándares preestablecidos, imposición que se constituye en una práctica educativa de *exclusión* porque no todos los aprendices poseen y provienen de homogéneas historias de vida y de homogéneas condiciones de desarrollo pre y pos natal. Así, estas mujeres y hombres han de salir al mercado de trabajo para engrosar las filas de los asalariados, de los cuales, la mayoría se ubican (si lo logran) en

²Asumiendo que nos subordinamos al término calidad, porque de él está constituida la política pública educativa del país; término que además, fuera extraído de la racionalidad empresarial siendo utilizado para medir el nivel óptimo de los productos tangibles, frente al que proponemos en cambio, hablar de una educación con libertad.

los cargos de base y una minoría lo hace en cargos de dirección, por su misma condición de origen.

¿Cómo logra la participación ciudadana juvenil erigirse sobre esta disparidad educativa y social? ¿A partir de las acciones colectivas solidarias que emprenden para el rescate de sus diferencias y para romper con los estigmas sociales y las visiones *adultocéntricas* que los identifican como delincuentes, sujetos reclutables para el narcotráfico o para las fuerzas militares, drogadictos, apáticos, anárquicos e irresolutos? ¿O se asocian para el reconocimiento en las problemáticas e intereses que les asemeja con los demás? Estas dimensiones críticas de la vida social que experimentan los jóvenes se consideran en el siguiente nivel de reflexión.

Cultura posindustrial y construcción de la ciudadanía juvenil

En una sociedad signada por la pluralidad de movilizaciones que fluctúan entre las libertades individuales y las libertades de los colectivos; en la que una compleja red de telecomunicaciones ha acercado los tiempos, los espacios geográficos y los espacios íntimos de las sociedades bajo el lema de convertirnos en una "sociedad global unificada" para la paz, la disminución de la pobreza y una educación para todos con "calidad", se hace necesario hacer una reflexión crítica sobre los derechos, las capacidades y responsabilidades que tienen los y las jóvenes que viven en una sociedad "democrática", que los invita a participar de su condición de ciudadanos, aún en medio de las múltiples tensiones, paradojas y faltantes que se perciben en dicho orden social.

En este sentido, Melucci (2001) expone que los nuevos marcos para hacer una reflexión de la ciudadanía en una sociedad global, se encuentran ubicados en situaciones críticas, que son puestas en práctica en sociedades que cada vez se complejizan más por la multiplicidad de formas y de sentidos que ellas mismas encarnan. Dichas situaciones críticas entretienen de forma desigual, experiencias educativas entre la diferencia y la solidaridad, la inclusión y la exclusión y las posibilidades reales de espacios para vivir la democracia.

Estas prácticas desiguales conducen a pensar que la participación de la ciudadanía en procesos educativos y en toma de decisiones que potencien los mundos internos y colectivos de los y las jóvenes, solo ha de ser posible en un contexto donde las personas puedan acceder en igualdad de condiciones a unos procesos que les permiten "hacerse personas". Para Melucci (2001), la condición de hacerse personas está sujeta en términos de las capacidades que puedan desarrollar, de los derechos que puedan adquirir y de las responsabilidades que decidan asumir (p. 60).

La tensión entre capacidades, derechos y responsabilidades, nos remite al terreno de la educación y nos conduce a los siguientes interrogantes: ¿Las experiencias educativas que viven los jóvenes en la región latinoamericana producen las condiciones para articular la triada relacional? ¿Necesitamos redefinir la concepción de educación y las prácticas individuales y colectivas de la educación? ¿Cómo lograr que un número creciente de hombres y mujeres jóvenes, puedan vivir la educación como una experiencia que los forma para liberarse? ¿Qué es lo que tiene que cambiar en los docentes, en los estudiantes, en las familias? ¿Le interesa a los sistemas de regulación institucional hacer parte de estos procesos? ¿La construcción de un nuevo contrato social entre la institucionalidad y los actores sociales, es el imperativo?

El intento de contestar los interrogantes, nos obliga a pensar otras formas de vivir la educación en las ciberculturas contemporáneas. Respuestas que han de conducir siempre a otras preguntas, porque la irreductibilidad del espíritu humano es lo único con que contamos los seres humanos, para *practicar la libertad* de ser otro con uno mismo y con los demás, de re-crear otros imaginarios y representaciones sobre cómo *aprender a vivir juntos* la experiencia de la vida.

Podríamos decir que la educación ha de servir para liberarse de formas de pensar y de practicar la vida que han originado relaciones de dominación y de abuso del poder al interior de las familias y en las formas de organización colectivas de las sociedades. Además, que la educación ha de servir para romper con el estigma de la *sub-alternidad* heredado de los procesos civilizatorios conducentes a instaurar

modelos de educación lineales, imponiendo modos de pensamiento y de vida únicos.³ Cuando a los pueblos se les despoja de sus raíces, de su cultura de origen, aduciendo que ella no es acreedora de un lugar de reconocimiento social, crecen débiles, sin identidad propia, intentando organizarse alrededor de la imitación de las prácticas y de los valores de la cultura impuesta como legítima, terminando por reconocerse en su condición de *sub-alternidad*. Estas experiencias educativas-excluyentes socavan la construcción del autoconcepto y de la autonomía de las personas conjuntamente, provocando la anomia social, que es la que posibilita que se reproduzcan las inequidades en un mundo sin conciencia por los límites de la acción.

En relación con la tensión entre diferencia y solidaridad, la reflexión crítica lleva a suponer que, como humanos, vamos a tener que encontrar los ritmos adecuados para entender lo que hace distintos los vínculos de afiliación para participar como ciudadanos, los cuales se enriquecen en la perspectiva de la novedad que se puede descubrir en los otros, pero también para acordar lo que nos asemeja como la condición que afianza la vida en comunidad.

Y en estos ritmos, en estos espacios de acuerdo, subyace, no siempre de forma revelada, la solidaridad: "Solidaridad por semejanza y solidaridad por diferencia se mezclan entre sí para constituir las formas contemporáneas del vínculo social" (p.50), señala Melucci (2001), proponiendo que la construcción del vínculo común constituye el único territorio social y político donde es posible que las personas aprendan a resolver sus diferencias y encuentren juntos otras opciones de hacer y de ver la vida.

Las disímiles formas en las cuales se asocian los jóvenes, surgen precisamente para poner en escena la necesidad de participar políticamente de la vida en curso, para proteger las culturas propias, para evidenciar las experiencias que se dan en sus territorios, para reivindicar la autonomía de sus pueblos de origen y para ser reconocidos como

fuerza política capaz de agenciar procesos de autogestión social, frente a los procesos globales que tienden a desdibujar sus identidades.

Es preciso añadir que, en tanto estos procesos globales conectados mediante las redes de información desdibujan en los jóvenes sus identidades, provocando en ellos tensiones entre los valores tradicionales de convivencia y las formas distintas como ellos están entendiendo la vida y sus relaciones, es justamente este encuentro continuo y asincrónico, esta intercomunicación veloz con otras personas y con otras experiencias de vida acaecidas en otros territorios corporales y sociales, lo que ha causado en los jóvenes y las jóvenes el surgimiento de otras subjetividades y otras formas de vivir la experiencia de la educación en la construcción de ciudadanía.

La tensión que se produce en la experiencia de la construcción de la identidad de las personas por su conexión permanente con unas redes de información, va configurando una experiencia, al modo de ver de Melucci (2001), de "indeterminación de la identidad individual":

La mayor parte de nuestra experiencia diaria es una experiencia de grado, lo cual quiere expresar que acontece en contextos cada vez más contruidos por la información, que es difundida por los medios de comunicación e internalizada por los individuos, en una suerte de espiral interminable que transforma la realidad cada vez más en signos e imágenes. [...] La mayor parte de nuestras actividades cotidianas se ven afectadas ya por estas transformaciones en la esfera de la información puesto que dependen cada vez más de ella y alimentan el espiral que hace que la acción social sea cada vez más reflexiva. Es decir, que nuestras actividades tienen lugar en contextos artificiales cada vez más estructurados social y culturalmente (p.65).

Así, las nuevas subjetividades políticas y educativas de los jóvenes les ha llevado a hacer propios y sentidos, los conflictos sociales de otras comunidades y las de sus pares, acaecidos en sus espacios locales, en Latinoamérica o en otras latitudes del planeta; los ha movilizado a creer en términos de las diferencias, que las formas de interactuar y reconocerse como personas pueden ser reestructuradas, que sus propias concepciones acerca de las relaciones de poder

³Cf. en Gómez-Castro, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro". En Lander, E. (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Universidad de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

como impositivas y subalternas –en tanto son las que han sostenido los sistemas tradicionales de regulación institucional como la familia, el estado, el mercado, los medios de comunicación y la educación– tienen que sufrir una modificación en los territorios externos (los formales) y en los territorios internos (los íntimos), de tal forma que las acciones por ellos producidas representen el nuevo territorio construido donde habiten la solidaridad y la diferencia, entendidas estas como la posibilidad de que los derechos, la democracia y la responsabilidad por los límites de la acción humana se puedan vivir cotidianamente.

Dicho de otro modo, para lograr un movimiento paralelo entre diferencia y solidaridad, Melucci propone el ejercicio de la memoria. La memoria como la historicidad del mundo construido entre nosotros, facultad que ha de acometerse para trazar nuevos rumbos en el intento de trascender a modos distintos de comprender la vida: “la memoria puede funcionar como pura defensa regresiva de un pasado ya muerto, o bien, como fuente y fundamento del presente” (2001, p. 51).

Ante esta condición milenaria, los jóvenes no son ajenos. Son los jóvenes y las jóvenes a su manera, quienes están ayudando a construir una conciencia histórica e intergeneracional acerca de las dimensiones de la guerra, de la pobreza, de la violencia, de las desigualdades de condiciones y oportunidades para participar como ciudadanos, en sus formas de entender el desarrollo como individuos y como colectividad. Y es, a su manera, como se están asociando para enfrentar causas sociales: ya no quieren más minas “quiebrapatras”, ni la soledad y la indefensión que deja la guerra, no más el abuso sexual en niños, jóvenes y mujeres en territorios rurales y urbanos; se asocian por el derecho de grupos étnicos a mejores condiciones territoriales, de salud, de educación, que les impida abandonar su tierra y sus costumbres.

De ahí que, ante estas formas particulares de asocio que surgen por iniciativas de los jóvenes, es propio preguntar, ¿cómo viven la ciudadanía los jóvenes en un mundo globalizado? Una posible respuesta es que la ciudadanía está siendo concebida sobre la base de la construcción de una conciencia *glocal*, donde ya no es posible encontrar un solo punto de referencia para ubicar el tiempo, el mundo y

sus paradojas en la forma como se producen las nuevas experiencias educativas de ciudadanía.

Melucci (2001) nos ofrece una lectura acertada sobre la conciencia *glocal* de los jóvenes:

De lo que sí tengo certeza es que todas las formas actuales de participación social y civil de los jóvenes, del voluntarismo, de la innovación cultural vienen marcadas en su gestación y desarrollo por los dos rasgos siguientes:

- un deseo de experimentar ahora aquello que es posible alcanzar; la acción ha de ser significativa en sí misma, no en relación con un futuro lejano;
- se quiere lo que se hace; incluso cuando la acción transcurre en la pequeña escala de un contexto social delimitado, ésta ha de tener valor no sólo para nosotros, sino también dentro de un cuadro más general: no porque esté alimentado por grandes generalizaciones o ideologías, sino porque establece, vínculos entre hechos específicos y problemas generales. Uno puede preocuparse por la comunidad local y, sin embargo, sentirse parte de la dimensión global que hoy caracteriza, por ejemplo, a la cuestión del medio ambiente (p.148).

Es así como las y los jóvenes expresan la participación como ciudadanos, no solo porque tienen adscritos unos derechos y una cobertura por ley, sino porque los concita la carga cultural de sus mundos compartidos y expuestos a las vicisitudes de los contextos de país donde han nacido y crecido; pero aún más, se sienten ciudadanos de otras partes del mundo, porque se vinculan a causas sociales, éticas, ambientales, de género y étnicas, en regiones distintas a la de su país de origen, acentuando un renovado sentido de lo que significa la vida en una comunidad interconectada y planetaria.

Del mismo modo, en la ciudadanía *glocal* que construyen los jóvenes en su cotidianidad interconectada, van tejiendo sus propios sentidos de ciudadanía, móviles e intermitentes a veces, así como el mundo corre en procesos de continuidad y discontinuidad en el tiempo, haciendo de la participación un acto vital inserto en sus tiempos íntimos y en sus tiempos sociales. Es decir, que en el acto cotidiano de la participación se va gestando, al tiempo que la identidad individual y la identidad colectiva, una *identidad permeable* como la menciona Melucci, que está abierta

constantemente al desafío de intentar comprender qué es lo que nos puede unir a cambio de qué es lo que nos separa, en un mundo donde las elecciones individuales han tomado tanto poder y por tanto se les adjudica la mayor parte de la responsabilidad por los límites de su acción.

Una forma de experimentar los jóvenes la identidad individual y la identidad colectiva en la emergente ciudadanía global, pasa por comprender –aun teniendo por cierto que el contexto de los jóvenes se haya impactado por la complejidad de un mundo interconectado y conflictivo a la vez, y su participación pueda encontrarse en diferentes espacios y por diferentes causas– que en ninguna de estas prácticas las y los jóvenes se introducen de manera profunda, porque también van en la búsqueda de sus territorios íntimos-personales para el rescate de su individualidad, del auto reconocimiento como sujetos de derechos, capaces de modificar sus pensamientos y por tanto, desarrollar una conciencia individual/ética/ que les prepare para entender la necesidad de crear el vínculo social en procura de trazar rumbos de acción donde ellos puedan acrecentar la autonomía, el liderazgo y la autogestión.

Melucci (2001) se introduce en lo más íntimo del territorio personal de los jóvenes para decirnos, que para ellos,

[...] la experiencia es cada vez menos un factor “dado” y que cada vez más una realidad construida mediante representaciones y relaciones, no tanto algo a “tener” cuanto algo a “hacer”. El adolescente es quien siente de manera más directa los efectos de este ensanchamiento de posibilidades: una expansión prácticamente ilimitada de los campos cognitivo y emocional (todo se puede conocer, todo se puede probar); la reversibilidad de elecciones y decisiones (todo es susceptible de cambio); la sustitución de las construcciones simbólicas por los contenidos materiales de la experiencia (todo puede ser imaginado) (p.144).

Las disímiles ciudadanía educativas que practican los jóvenes nos sirven para avizorar que los jóvenes configuran – en medio de situaciones de conflicto de distintas índoles, de calamidades naturales, de crecientes desigualdades en el territorio de los derechos, en el de las condiciones para poder acceder a modos de vida más dignos en los que

puedan transformar sus realidades particulares, locales y comunitarias– una *fuerza política y educativa* distinta a la naturalizada socialmente, decidida a utilizar el *poder de la acción* para producir otros sentidos y otras prácticas educativas y políticas, atravesadas por una conciencia ética donde no haya cabida para la corrupción y el afán de la concentración de condiciones y de oportunidades en segmentos sociales priorizados por las fuerzas políticas tradicionales, y para producir formas de relacionarse que construyan territorios, donde la conciencia histórica, el diálogo y la interculturalidad persistan ante las renuentes *fuerzas de la exclusión social* que corren paralelas al mundo de la tecnicidad y del consumo.

Estas particulares formas de resistencia juvenil que los jóvenes vienen configurando a partir de las vivencias de otras educaciones, y de otras relaciones intergeneracionales, expandiendo así los terrenos para la inclusión social en la región latinoamericana y particularmente en Colombia, es el campo de discusión que se va a tratar en el siguiente nivel de reflexión.

Joven, agencia y movimiento en sociedades de consumo y tecnicidad

Los movimientos colectivos bajo los cuales las y los jóvenes se asocian, representan para ellos un campo formativo de nuevas experiencias educativas en la co-creación de opciones distintas de participación ciudadana en sociedades que tienden a masificar sus comportamientos y sus demandas de consumo. La capacidad de acción transformadora de los jóvenes, no es otra cosa que la voluntad y la capacidad resolutoria inmediata que transita por su naturaleza –cuando una tensión social los toca, y cuando ellos observan la paquidermia de la atención pública estatal, esto los une y los identifica–; ella en sí misma, representa el *poder ser* como la posibilidad de movilizar al cambio el acontecimiento crítico, y es lo que en esencia caracteriza los distintos comportamientos de las organizaciones colectivas juveniles –que pueden ser transitorias o continuas por la complejidad de recursos y energías que ellas en sí movilizan – las cuales, para su gestión y continuidad requieren de territorios para la democracia. Ellos y ellas asumen la importancia de

vivir una *democracia participativa* que trascienda a los actos cotidianos donde permanentemente se intenta negociar con uno mismo y con los demás.

Según Melucci (2001), una de las dimensiones críticas para experimentar la participación ciudadana en procesos decisorios para su desarrollo, es la concreción real de terrenos participativos donde habite la democracia, donde en la contienda no se pierda el norte de los límites del respeto por las diferencias, evitando socavar el respeto por el sentido de lo colectivo, como garante de un “nuevo pacto” que humanice los acuerdos.

Este pacto ha de estar cimentado en nuevos sentidos de la democracia, en una redefinición de las prácticas educativas de lo que hasta ahora, la relación estado-sociedad civil y viceversa, han experimentado como democracia: no es una relación dependiente, no es una relación de *subalternidad*, ha de ser una relación donde interactúen los saberes, las diferencias y la solidaridad de los sujetos participantes para ir construyendo una capacidad de agencia que potencie los mundos de vida personales y sociales: “La democracia debe, en consecuencia, proponerse crear constantemente un nuevo espacio para la negociación y mantenerlo dentro de los límites que sólo el proceso democrático puede definir” (Melucci, 2001, p.56).

Para el autor, es vital una redefinición del sentido de la democracia en un mundo complejo, en el que la libertad y los derechos humanos tengan un lugar donde los actores sociales puedan participar en igualdad de condiciones:

Este espacio es la arena de contienda en cuyo interior se hacen visibles las grandes elecciones requeridas hoy al género humano, y en ellas se puede actuar para reducir al mínimo la exclusión y el silencio que produce la complejidad. En este sentido, la democracia puede llegar a ser cada vez más un espacio del lenguaje, donde la diversidad de lo social alza su voz y encuentra sus límites (2001, p.59).

La democracia, como hoy día la conciben los jóvenes, dista por una parte, de la concepción moderna que valida como ciudadano con derechos a aquel que practica su derecho al voto, aceptando y reconociendo el ejercicio de una democracia

representativa depositada en el candidato postulado para tal fin. Por otra parte, los jóvenes en Colombia creen en la democracia como forma de gobierno, creen en el concepto de gobierno civil y de instituciones representativas, concentrando su crítica en quienes integran instituciones políticas como el Congreso Nacional, la Corte Suprema de Justicia y los partidos políticos.

Su resistencia radica en cuestionar por qué en gobiernos democráticos como los de la gran mayoría de los países de América Latina y el Caribe, subsisten la concentración de condiciones y oportunidades en los segmentos poblacionales de siempre, y que la corrupción política y la cultura de los favores particulares continúen merodeando la administración pública de los recursos y de los programas para el desarrollo social. Su particular concepción de la democracia dialoga y pregunta con Bell (1977) “¿Cómo lograr que estén dispuestos a sacrificarse por el bien común, cuando sea necesario, unos individuos que hacen del placer presente el único objetivo de su vida?” (citado en Cortina, 1998, p.23).

Es por ello que los jóvenes, en un intento de ser coherentes –con un mundo global, interconectado y creciente en oportunidades pero en inequidades también, y con sus propias concepciones nutridas de él–, producen conjuntamente formas de resistencia y formas educativas muy particulares, con las cuales expresan el *conflicto social* en el mundo contemporáneo. Estas embrionarias prácticas educativas de ciudadanía a las que Melucci denomina “nuevos” movimientos sociales, son los que para él tienden a “superar la imagen de los movimientos como actores históricos unificados que juegan un papel central en los conflictos estructurales” (p.167). Esto es, que los movimientos de mujeres, de afrodescendientes, de ambientalistas, los movimientos por una libre orientación sexual, y en particular los movimientos juveniles, no están interesados en tomarse el poder, o ejercer cargos públicos en el ámbito tradicional de la política, ellos se están dedicando a “centrarse más en temas específicos y asumir un papel simbólico frente al resto de la sociedad” (2001, p.167).

En lugar del conflicto violento, los jóvenes se asocian ágilmente por medio de las redes de comunicación virtuales para expresar

su inconformidad manejando el conflicto simbólicamente. Un acontecimiento que representa una expresión de resistencia no armada, es el de la crítica a la reforma de la Ley 30 de Educación, realizada por jóvenes universitarios en Colombia (noviembre de 2011), donde, en enfrentamientos con la policía antimotines, manifestaron *un abrazo* como expresión simbólica de la no violencia, como representación de que la protesta social es necesaria para el ejercicio de la democracia.

La mencionada reforma fue retirada por el trabajo colectivo y organizado de las y los jóvenes universitarios, con el respaldo de sectores de la sociedad civil que participaron del proceso⁴. Reforma que proponía, entre otros desaciertos, que a las universidades públicas podían ingresar inversionistas privados para participar en el mejoramiento de la calidad de la educación y en la ampliación de cobertura a la población estudiantil con la condición que ellos hicieran parte de la administración y de las utilidades producidas por sus inversiones.

Los nuevos espacios simbólicos de representación, ocupados por los jóvenes para expresar los derechos a vivir la ciudadanía, se manifiestan en formas educativas disímiles: apropiándose de las calles, de los escenarios deportivos y culturales, en ir construyendo en sus nichos locales, autonomía, aptitudes de liderazgo, capacidad de gestión, obteniendo así, el reconocimiento y la credibilidad de la sociedad misma, como fuerza política para emprender las acciones que los implique comunitariamente.

Estos desplazamientos que hacen los jóvenes desde sus realidades aprendidas sobre territorios crecientes de conflicto social, hacia horizontes distintos del sentido de comunidad, es el derrotero que están trazando un grupo significativo de hombres y mujeres jóvenes en Colombia.

⁴La Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) es la organización de jóvenes que nace hacia finales de 2011 en Colombia, en momentos en que el gobierno nacional presentaba una reforma a la ley 30 de educación de 1992. Esta situación derivó en lo que, en 2012 constituye el inicio de uno de los movimientos sociales con mayor representación de la sociedad civil". Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-leccion-estudiantes/250951-3>

Agencia de jóvenes que, en algunos planos de la realidad nacional, es opacada por los medios de comunicación, cuando las noticias a las que mayor difusión le hacen son aquellas que muestran a los jóvenes implicados en actividades delincuenciales, en la guerrilla, en la prostitución, en revueltas callejeras, en la drogadicción, excluyendo del reconocimiento social a grupos de jóvenes ubicados en diferentes zonas del país, donde, en sus territorios íntimos y públicos de sus comunidades, día a día se resisten a las formas como los sistemas tradicionales de regulación institucional, han querido perpetuar sus verdades culturales. Unas *verdades culturales* que han mantenido las inequidades en la compartición del poder intergeneracional, en la igualdad de condiciones para acceder a una educación emancipadora –que los forme como sujetos con capacidad de agencia–, al derecho a un servicio de salud digno, a la participación política juvenil en toma de decisiones concernientes a expectativas de vida más justas para ellos y para sus comunidades.

Ante estos imaginarios sociales que han vendido la imagen de un proyecto de país adaptable, acrítico, subalterno, es que se resiste un grupo creciente de mujeres y hombres jóvenes quienes se rebelan además, ante una clase dirigente corrupta y ensimismada, como la que hoy sostiene el poder en Colombia.

Reflexiones finales desde los aportes de Melucci

Un punto de partida del debate sobre las posibilidades de la participación ciudadana juvenil en sociedades complejas y diferenciadas como las de hoy, recae en la forma como es representada la inclusión subordinada en sociedades donde la triada relacional tecnicidad-consumo-inclusión, constituye el sentido de la existencia de los individuos y la obtención del reconocimiento social por hacer parte de ella. La inclusión subordinada como la concibe Melucci, es una forma de revestir la exclusión de las personas con la oferta constante de modos de vida únicos que sobrecargan el pensamiento y la acción de las personas viéndose estas controladas por los afanes de la concentración y las metas de productividad

planeadas por los sistemas de regulación de los mercados.

De lo anterior, se desprende que siempre la inclusión social plena estará empañada, por una parte, de subordinación, en tanto se utilice a los jóvenes como sujetos clave para el incremento de votos en los procesos electorales o para reclutarlos –aprovechando sus necesidades de desarrollo personal– en las corruptelas que caracterizan las líneas de acción de grupos significativos de integrantes de los partidos políticos; y por la otra, de inequidad, cuando a ellas y ellos no se les reconozca la importancia de contar con su participación política –desde sus necesidades y expectativas generacionales, desde sus particulares sentidos de la política y lo público– en los programas y proyectos de las administraciones públicas, siendo considerados interlocutores válidos capaces, no solo de participar en procesos consultivos, sino en los procesos de toma de decisiones, nivel de gestión del cual, usualmente son excluidos por los representantes del poder público. Otro punto que concita la ampliación del debate, es la consideración que hace Melucci sobre la dimensión del tiempo y sus implicaciones como construcción social en las formas de organizarse y ejercer el control de las interacciones que caracterizan la acción colectiva e individual de las personas en la vida de lo social.

Frente a las presiones que el tiempo externo o tiempo social produce en las subjetividades de las y los jóvenes –el tiempo de los espacios formales, el de los colectivos, el de los consumos y las demandas publicitarias–, es imperativo orientar y construir con los jóvenes una conciencia ética (susceptible de gestarse en el tiempo interno) que los prepare para hacer una selección y dosificación del caudal de la información a la que están expuestos, habilitándolos para asumir una actitud vigilante y participativa en los cambios que demandan los territorios corporales y sociales y modos de vida indignos y violentos, para la co-creación de terrenos donde habiten condiciones para la vivencia de una inclusión plena.

Si por un lado la reflexión con Alberto Melucci, nos ha llevado a considerar que la inclusión y la exclusión representan un efecto ambiguo en la vida de los jóvenes en un mundo incierto, la pregunta por las formas como las y los jóvenes viven la

ciudadanía en un mundo globalizado, virtual y cambiante, conduce a reconocer la importancia de reflexionar sobre esas otras subjetividades que en ellos se están construyendo, puntualmente, la conciencia *glocal*, la identidad permeable y el vínculo común. En lo atinente a la conciencia *glocal*, ella provoca en los jóvenes un sentido de ciudadanía que está inscrito con responsabilidad y ética en la solución de sus problemas locales, pero demarcado e impactado a la vez, por los conflictos sociales globales, haciéndose voceros de estos también.

Esta ubicación *glocal* de los jóvenes en el espacio y en el tiempo real y asincrónico, comienza a gestar en ellas y ellos una *identidad permeable* que los induce a reunirse, a interactuar en redes, en la búsqueda de ir tejiendo, entre la solidaridad y la diferencia, el *vínculo común* como la única opción posible para salvaguardar sus mundos de vida inciertos, como detonante para trazarse caminos de vida más prometedores y ciertos.

Por último, la discusión se centra en que es imprescindible continuar visibilizando públicamente la capacidad de agencia y de movilización de los jóvenes en medio de condiciones de inequidad en las oportunidades y de conflictos sociales. Si el conflicto violento ha sido milenariamente un imaginario social naturalizado como la única salida para resolver las relaciones de poder impositivas y subalternas, hoy el *conflicto simbólico* se convierte en otra opción, en un renovado imaginario social en sociedades que están siendo caracterizadas como violentas e indolentes.

La protesta social simbólica, elegida por una significativa concentración de fuerzas juveniles en diferentes partes del mundo, incluyendo movilizaciones de jóvenes pertenecientes a los países “desarrollados”, es la forma que caracteriza las movilizaciones de las y los jóvenes en el mundo contemporáneo, formas embrionarias de acción colectiva que presagian cambios individuales en sus formas de ser y estar en el mundo, concibiéndose como sujetos actuantes, participativos, adquiriendo posiciones éticas inviolables, que los estructuran como personas decididas a encauzar sus prácticas políticas de vida hacia el bien común.

De esta manera, las nuevas experiencias educativas recaen, desde la perspectiva de Alberto Melucci, sobre las experiencias identitarias de las personas en la construcción de ciudadanía, y en particular, sobre las experiencias de los jóvenes. Esta condición nos pone de frente el reto del *poder ser* de otras educaciones; de ir aprendiendo a desarrollar una conciencia selectiva – ante la inconmensurable cantidad de información y de conocimiento que rueda por las autopistas virtuales, bajo “el control de los códigos ocultos que permiten la formación del sentido y fundan la comunicación” (2001, p.57) – que nos conduzca a diferenciar entre la información y el conocimiento que forma personas y valores y una información vacía de contenido en los valores y en los comportamientos de las personas sobre los que pretende incidir.

El reto además convoca, en diálogo con Sen (2006), a la responsabilidad individual que nos atañe en el presente cotidiano, por la disminución de la participación en las demandas sin conciencia, por los consumos, por las prácticas y por los valores. Pero también, en la responsabilidad por construir en cada uno de nosotros una conciencia social, que nos movilice las energías creadoras hacia una posible construcción con las multitudes anónimas – las que constituyen la otra cara de nuestra realidad social- de unas capacidades y de unos derechos mediante los cuales, ellas puedan adjudicarse un lugar simbólico y material donde sentirse representados y acogidos, y responsables por sus límites de actuación.

El interrogante por los posibles de la participación ciudadana de los jóvenes en Colombia y en otras regiones del mundo, permanece abierto porque se viven y se reproducen sociedades donde las asimetrías sociales continúan en aumento y en el anonimato, en contraposición a los esfuerzos de otros que se empeñan en creer y en hacer público que otras prácticas y otras concepciones de desarrollo humano pueden ser ciertas en los tiempos de hoy.

Referencias

- Bell, D. (1977). Las contradicciones culturales del capitalismo. En Cortina, A. (1998). *Ciudadanos del mundo*. (pp. 21-26). Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez Castro, S. (2000). *Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro”*. Buenos Aires: CLACSO. Recuperado el 15 de marzo de 2014, de http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/sur-sur/20100708045330/8_castro.pdf
- Latouche, S. (2011). *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Barcelona: Icaria Editorial. Recuperado el 23 de abril de 2014, de <http://filosofiasocialydelacultura.files.wordpress.com/2011/03/latouche-2011-03-03b.pdf>
- Melucci, A. (1995). El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos. *Revista Sociológica*, (28), 1-7. México D. F.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México.
- Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta.
- Organización Iberoamericana de Juventud [OIJ]; Comisión Económica para América Latina y El Caribe [CEPAL]; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] & Banco Interamericano de Desarrollo [BID]. (2013). *1ª. Encuesta Iberoamericana de Juventudes. Informe Ejecutivo*. Recuperado el 23 de noviembre de 2013, de http://www.oij.org/file_upload/publicationsItems/document/20130719163951_42.pdf.
- Sen, A. (2006). *Desarrollo y Libertad*. 8a. Ed. Editorial Planeta.